

por Pedro Montero

<u>Nota del webmaster</u>: los lectores que están atentos a todas las secciones de CUENTOS NEGROS, habrán notado que en HOME aclaro algunos de los números que me faltan. Es de extrañarse, entonces, que haya publicado este relato ya que se encuentra en el volumen número 2. Lo mismo sucede con «LOS MENDIGOS DE ISIS (I)», «LA OPERACION». La respuesta es muy sencilla; hay algunos lectores, de muy buena disposición, que me han ayudado a completar algunas SELECCIONES (en especial la SEGUNDA y la CUARTA, que contienen los únicos dos seriales de toda la colección UVE («LOS MENDIGOS DE ISIS» Y «LA CONDESA BATHORY»). Por eso mi más profundo agradecimeinto a Sergio Javier F. y a Miguel D. (prefiero no escribir apellidos) por su invalorable y generosa colaboración. Estoy en deuda con ambos.

<u>Pre:</u> aprovechó la generosidad de un amigo y empleó todo su talento fabulador, todas las fuerzas de su imaginación de escritor en conjurar el destino de unos personajes creados por él y que le acosaban, ahora, desde el lejano Japón medieval

Anoche estaba escribiendo en mi estudio y supongo que me quedé dormido. De pronto se abrió la puerta suavemente y apareció, tan bella, tan pálida como siempre, Noriko, que, arrodillándose en el umbral, colocó las palmas de sus manos en el suelo delante de sus rodillas y se inclinó ladeando ligeramente el cuerpo en una ceremoniosa reverencia. Los adornos de plata sujetos a su pelo tintinearon cuando su frente rozó el entarimado y una flor de cerezo cayó al suelo, desprendiéndose del minúsculo ramo tramado a su negra cabellera. Un instante después se levantó y, ajustándose honestamente el kimono de un rosa desmayado, salió de la estancia, invitándome con un gesto a que la siguiera. Hubiera querido ver sus ojos, pero en todo momento su mirada permaneció clavada modestamente en tierra.

La seguí durante largo rato, manteniéndome unos pasos detrás de ella, y aunque de vez en cuando la nieve se arremolinaba y su figura se hacía borrosa hasta casi desaparecer, sus leves pisadas dejaban huellas en el campo que los copos tardaban algunos momentos en borrar.

Un instante antes de entrar en el templo se volvió hacia mí y entonces pude ver sus ojos almendrados en los que temblaba una lágrima. En su mirada no había odio ni rencor; sólo un mudo reproche que me hizo desviar la vista de su pálido rostro. Cuando volví a mirar ya no la vi. Penetré en le recinto, pero ella había desaparecido. De pronto comprendí. Atravesé velozmente el patio en dirección al pabellón de clausura dispuesto a violar el sagrado aislamiento, cuando, desde la baranda que rodea el piso superior, una figura blanca se precipitó en el vacío. Un pañuelo de seda la siguió mansamente y se posó a su lado momentos después como un eco de su caída. Desde donde me encontraba pude ver cómo el kimono rosa de Noriko se tornaba de un rojo bermellón.

Es una pesadilla que me obsesiona cada noche —explicó el novelista—; desde que escribí ese cuento sueño constantemente con Noriko, asisto a todos los avatares de su desgraciada historia y, finalmente, soy testigo de su horrenda muerte sin poder evitarla. Todas las noches entro en el templo, me detengo unos instantes, buscándola, y veo caer su cuerpo desde una gran altura. Luego el kimono se tiñe de rojo con su sangre.

—¿Cuál es el argumento de ese obsesivo relato?— pregunté yo.

El autor encendió un cigarrillo y se dispuso a resumirme la historia que él mismo había ideado y de la que ahora le era imposible liberarse.

—El argumento que se desarrolla en el Japón medieval —comenzó mi amigo—. Una muchacha, Noriko, es forzada a contraer matrimonio con un poderoso señor feudal llamado Takura. La piedad hacia sus padres impide a Noriko rebelarse contra su destino, pero el azar provoca que la joven conozca a un extranjero del cual se enamora y con el que se comunica por medio de una fiel criada: Natsumi. Entre los dos traman la huida, pero en el último momento el amante renuncia a llevarse a Noriko por miedo a las represalias de su esposo y huye solo. La muchacha, desesperada, decide poner fin a su vida arrojándose desde lo alto del templo y allí acude con su fiel criada que lamenta la espantosa e inexorable decisión de su ama. En el último momento el extranjero se arrepiente de su decisión y vuelve. Corre hasta el templo donde sabe que se encuentra su amada y, una vez allí, la busca desesperadamente. Noriko le ve desde lo alto de uno de los pabellones al que ha ascendido con intención de quitarse la vida, pero es demasiado tarde. Ha ofrendado a los dioses su propia inmolación y tanto las divinidades como los fantasmas de sus antepasados se vengarían en ella misma y en la persona de su amante si dejara de cumplir su promesa y mancillara su honor. De este modo, para evitar que caiga sobre el extranjero la maldición divina, se arroja desde lo alto y

muere.

—Bonita historia —dije yo cuando hubo terminado de narrarla—. ¿Porqué no la has incluido en tu último libro si hace tiempo que la tienes escrita?

—Ni yo mismo lo sé —repuso mi amigo—. Tardé tanto tiempo en escribirla, puse tanto cariño en ella, que he llegado a creérmela. Ni que decir tiene —continuó— que, como ocurre siempre con todos nuestros personajes, la mayoría de ellos suelen ser prolongaciones de nosotros mismos, desarrollos de una faceta de nuestra propia personalidad —explicó, pero en este caso, me temo que he ido demasiado lejos al identificarme por completo con el extranjero de mi historia.

Adivinando lo que yo pensaba, pero que la prudencia me impedía formular abiertamente, confesó:

—Yo fui protagonista de una historia parecida, que terminó tan trágicamente como ésta. Siempre he lamentado haber sido cobarde en una ocasión en que los hechos me exigían haber actuado con cierta gallardía y con un arrojo que estuve muy lejos de manifestar —concluyó.

Como yo expresara la opinión, que él sin duda compartía, de que las ideas subconscientes y los soterrados sentimientos de culpabilidad se valen para exteriorizarse en ciertos momentos en que descuidamos la guardia, como han hecho patente los psiquiatras, le propuse un juego que concebí en aquel mismo momento, a fin de que lograra liberarse de su angustia.

—Eminentes hombres de ciencia aseguran —expliqué—

que para disipar los sentimientos de culpabilidad, ya provengan de actuaciones que los justifiquen, o sean frutos de una mente enfermiza o de cierta estrechez de conciencia, el único remedio eficaz es su exteriorización mediante el empleo de ciertas técnicas reservadas a los médicos psiquiatras. Pero a mí se me ocurre —manifesté— que tú mismo puedes libertarte de esas inculpaciones mediante un tratamiento correctivo que, debido a tu profesión, estás en condiciones de autoaplicarte.

Como mi amigo mostrara sumo interés en mis observaciones continué diciendo:

—Parece ser que en tu caso no te ha servido de nada poner de manifiesto, aunque de forma simbólica, los sentimientos que te imputas. Por tanto —proseguí—, trata de modificar esas acusaciones contra ti mismo por un camino inverso.

—¿Qué camino es ése y qué procedimiento he de emplear? —me preguntó, sumamente interesado.

—Modifica tu historia. Escribe otra narración referida a las mismas situaciones y en la que intervengan los mismos personajes, pero con un final distinto en el que exoneres de toda culpa al extranjero de la historia; es decir, a ti mismo.

* * *

«Seguí a Noriko durante largo rato, manteniéndome detrás de ella, y aunque de vez en cuando la nieve se arremolinaba y su figura se hacía borrosa hasta casi desaparecer, sus leves pisadas dejaban huellas que los copos tardaban algunos momentos en borrar…

… Atravesé rápidamente el patio en dirección al pabellón de clausura dispuesto a violar el sagrado aislamiento, cuando, desde la baranda que rodea el piso superior, una figura blanca se precipitó en el vacío. Un pañuelo de seda la siguió mansamente y se posó a su lado momentos después como un eco de su caída. Desde donde me encontraba pude ver cómo el kimono rosa de Noriko se tornaba de un rojo bermellón.

Permanecí unos instantes inmóvil, con el corazón inmóvil, con el corazón atenazado por un amargo dolor, y de pronto algo llamó mi atención. Me arrodillé junto al cadáver, al que la nieve iba ocultando piadosamente, y pude ver que sus pies estaban cubiertos con un calzado grosero y de factura basta, cuya hechura no correspondía ni al gusto ni a la clase social de Noriko. Movido por una terrible sospecha, que sin embargo hizo nacer una llama de esperanza en mi corazón, me abalancé hacia las escaleras que conducían al pabellón más alto y subí, precipitadamente, sin detenerme ni una vez ni tomar el aire que exigían mis pulmones. Una vez en el piso superior corrí por la terraza a riesgo de estrellarme contra la barandilla, que sin duda hubiera cedido ante el embate de mi cuerpo, y penetré por una puerta abierta en la fachada que da al patio. Allí, en la oscuridad, arrodillada y temblorosa, implorando sin duda el perdón de sus dioses, se hallaba Noriko.»

—Bien —declaré cuando mi amigo llegó a este punto—. Está claro que lo que te atormentaba era el suicidio de la muchacha. De esta forma, recurriendo a esa estratagema, Noriko no muere y podéis huir juntos y felices. Pero ¿y la maldición de los antepasados ante la promesa incumplida? ¿Y quién se arrojó desde lo alto en sustitución de Noriko? —pregunté.

Tomando un último folio, que yo no había visto, mi amigo continuó la lectura.

«Cuando Noriko me vio entrar alzó una de las mangas de su kimono y ocultó el rostro tras ella, indicándome con este gesto que no me aproximara ni intentara mirar su faz. Ante mis súplicas, accedió a contarme lo sucedido.

Cuando yo huí cobardemente, sin acudir a la cita que por medio de su criada habíamos concertado con el fin de escapar juntos, ella, desesperada, decidió poner fin a su vida, arrojándose desde lo alto del templo, y así se lo comunicó a Natsumi, la cual, con el rostro bañado en lágrimas, ayudó a su señora a ataviarse como correspondía a aquella solemne ocasión.

A continuación, Noriko se despidió de su doncella y, tras dedicarse a la oración durante cierto tiempo, emprendió el camino del templo con la intención de quitarse la vida.

Subió con decisión no exenta de amargura las escaleras que conducen a lo alto del pabellón, y cuando se disponía a salir a la terraza, con el fin de acometer el cumplimiento de su fatal determinación, vio allí a Natsumi que, vistiendo un kimono de su señora y cubierto su rostro con un pañuelo de seda para engañar a

los dioses, había decidido inmolarse en su lugar. Tanto era el amor que profesaba a su ama.

Yo narré a mi vez a Noriko la parte de la historia que ella desconocía.

Tan pronto como comprendí la vileza de la acción que estaba a punto de cometer, regresé a la mansión de mi amada y, evitando la entrada principal, me asomé a una de las ventanas traseras después de ocultarme unos instantes para evitar ser visto por alguien que abandonaba la casa bajo aquella tormenta de nieve. Natsumi se desesperó al verme y al saber que regresaba con la intención de llevarme a su ama. Se retorció las manos silenciosamente, no tanto porque advertir a Noriko de mi decisión fuese todavía imposible, sino porque, conocedora de la solemne promesa de su ama, estaba en condiciones de saber que, si su señora decidía romperla, caería sobre ella la maldición de los dioses y la de sus antepasados durante el resto de sus días.

Así pues, la fiel sirviente tomó la decisión de inmolarse en lugar de su dueña y asumir de esa manera la terrible cólera de las divinidades.

Vistiendo un kimono de su señora, y cubriéndose el rostro con un pañuelo de seda, llegó al templo por medio de un atajo casi al mismo tiempo que Noriko, a la que yo no había reconocido cuando la vi salir por la puerta trasera de su casa. Mientras su ama oraba unos instantes y quemaba una vara de incienso ante el altar de los dioses, Natsumi subió las escaleras hasta lo alto del pabellón y se arrojó al vacío, liberando así a su ama de la terrible promesa contraída y abriendo el camino para su felicidad.»

* * *

Algunas noches más tarde de los acontecimientos que acaban de ser narrados me hallaba cenando en casa de unos conocidos que también lo eran de mi amigo el escritor. Les conté la curiosa historia del relato que éste había escrito, guardándome de citar aspectos que pudieran inducir a pensar que el trasfondo del cuento tenía una base real. Pero, ante mi asombro, la mayoría de los presentes interpretó los hechos como fiel reflejo de una desgraciada historia amorosa de la que nuestro común amigo había sido protagonista hacía algunos años. Al parecer, yo era el único en ignorar los pormenores de aquellos sucesos.

Cuando me disponía a pedir discretamente algunas precisiones sonó el timbre del teléfono y la dueña de la casa me hizo saber que la llamada era para mí.

Se trataba de mi amigo el escritor, pero su voz era tan extraña y apagada que apenas pude reconocerla, y podría asegurar que otro tanto le había ocurrido a la señora de casa, que no pareció identificar al comunicante.

Mi amigo me suplicó vehementemente que fuera a su casa lo más pronto posible. Yo, con medias palabras, que seguramente resultaban más reveladoras que una conversación del todo natural, le indiqué que me pasaría por allí una vez que la velada hubiera finalizado. No obstante, ante la urgencia de sus requerimientos, no tuve más remedio que inventar una excusa y abandonar la reunión.

Cuando llegué a su casa la encontré en un estado de extremo nerviosismo y con el aspecto de no haber dormido apenas en los últimos días. Me hizo pasar a su estudio y, una vez allí, me explicó el motivo de su preocupación.

—Llevo varias noches sin dormir —comenzó diciendo—. ¿Recuerdas aquella narración cuyo final modifiqué por consejo tuyo? —preguntó.

—¿Has vuelto a soñar con Noriko? —dije yo, vacilando un momento antes de recordar el nombre de su protagonista.

—No estoy seguro de que fueran sueños —repuso—; pero de todas formas no la he vuelto a ver, aunque hubiera sido preferible a esto.

Mientras esperaba a que me hiciera partícipe de la causa de sus preocupaciones se levantó, y aproximándose a la puerta del estudio, echó la llave. Después corrió las cortinas, que ocultaron a mi vista un amplio ventanal, y retornó a mi lado.

—Hace ahora cinco años —explicó— me vi envuelto en una historia de amor un tanto turbulenta y del todo contraria a mis pacíficos hábitos. Me enamoré de tal modo de una muchacha casada que, impelido por la ardiente pasión en que nos consumíamos, fijé con ella una cita en un lugar de las afueras, con el fin de consumar nuestro amor. Pero, quizá por temor a verme obligado a modificar mis tranquilos hábitos de vida, vacilé en el último minuto y decidí no acudir al encuentro, dejando para más adelante la búsqueda de una excusa convincente que sirviera a la vez de piedra de toque para que nuestras relaciones comenzaran a enfriarse.

—¿No acudiste a la cita? —pregunté, comenzando a adivinar el paralelismo entre la historia real y la ficción.

—Así fue —repuso él—. Y cuando a los pocos días ella supo que estaba efectuando los preparativos para marcharme de la cuidad, tomó la determinación de poner fin a su vida sin comunicármelo, para que tal decisión no pudiera interpretarse como un gesto de violencia moral que me forzara a modificar mis súbitos planes de huida. Cuando una hermana menor de la muchacha que estaba al tanto del amor que ella me profesaba, barruntó la proximidad de una desgracia, intentó ponerse en comunicación conmigo, pero en aquellos momentos yo subía al tren que me alejaría definitivamente de la cuidad. Así pues, la joven (no me atrevo a decir mi amada por lo mal que la amé) puso fin a su vida sin que el hombre que estaba casado con ella pudiera ni siquiera sospechar los motivos de aquella trágica decisión.

Como aparecían claras las transferencias de la historia real a la inventada, no me detuve en dar a mi amigo explicaciones engorrosas que en nada o en muy poco podrían ayudarle. Por el contrario, en vista de su poco saludable aspecto y de su gran nerviosismo, le pregunté por el motivo de su acuciante llamada.

—Me encontraba la otra noche en este estudio rehaciendo la narración, y apenas había terminado de modificarla sacrificando la vida de la intermediaria Natsumi cuando sonó el teléfono.

Era un antiguo amigo y convecino de aquella ciudad que me llamaba para hacerme partícipe de un extraño suceso que acababa de presenciar.

Como acabo de decirte, el comunicante continuaba viviendo en mi antigua casa y me relató con voz entrecortada que, apenas diez minutos antes, alguien había estado llamando repetidas veces en la puerta del piso que yo ocupaba, y que no sé por qué razón continúo alquilando. Como el desconocido no cejara en sus llamadas, mi amigo salió al pasillo y tuvo tiempo de ver una figura de mujer que, pronunciando mi nombre con acentos de verdadero odio, abrió una de las ventanas del pasillo y se arrojó por ella al vacío. Rápidamente llamó a la policía, que se limitó a certificar la muerte de la joven, que no era otra que la hermana de mi antiguo amor; la que un día sirviera de intermediaria en nuestras relaciones.

—No debes atormentarte. Se trata de una simple coincidencia —dije yo, aunque no estaba muy seguro de ello.

—¿Tú crees? —preguntó—. ¿Por qué entonces eligió mi antigua casa para suicidarse y pronunció mi nombre antes de morir?

—Con toda probabilidad —aduje—, ella sabía que tu piso continuaba vacío y lo eligió para sus propósitos. En cuanto al nombre, lo más seguro es que tu amigo haya sufrido una confusión al creer que ella lo pronunció.

Pero al fijarme detenidamente en su rostro pensé que aquella serie de coincidencias no justificaban el lamentable aspecto de mi amigo.

—Te ruego que no me creas loco si lo que voy a contarte a continuación te parece ocurrencia propia de una persona desequilibrada. Puedo asegurarte que estoy en mi sano juicio, aunque lo mismo afirman, sin duda, todos los dementes —dijo el escritor, y añadió—: Todo esto podría ser considerado, como tú has dicho, una simple coincidencia, si no fuera porque he comenzado a recibir, no sé si en sueños o despierto, una serie de extrañas visitas —y diciendo estas palabras hizo una breve pausa, encendiendo un cigarrillo, para continuar acto seguido su relato—. Al igual que cuando soñaba con Noriko, me encontraba hace algunas noches escribiendo en este mismo estudio cuando se abrió la puerta sigilosamente. No puedo asegurar que estuviera dormido, pero tampoco sé si me hallaba en estado de vigilia. Se abrió la puerta —reiteró mi amigo— y entró Natsumi, la criada de mi cuento. Desde lejos me hizo una reverencia, aunque sus ojos me miraban con un odio infernal. Después se encaminó hacia donde yo me encontraba y pasando a poca distancia de mí, sin dejar de mirarme de una forma satánica, abrió esta misma ventana —dijo, señalando la que estaba oculta tras la cortina— y se arrojó por ella, al mismo tiempo que pronunciaba una horrible maldición. Desde esa noche no me atrevo a dormir, seguro de que, apenas cierre los ojos, se repetirá la espantosa escena y la maldición acabará por cumplirse más tarde o más temprano.

Estás obsesionado con el pasado —manifesté yo— y te acusas de hechos en verdad lamentables, pero que pertenecen a tiempos pretéritos. ES evidente que la mala suerte ha querido que, al modificar tu cuento, haciendo que Natsumi se suicide generosamente, se haya producido a la vez la trágica muerte de la que podríamos calificar, para entendernos, como tu cuñada; pero debes alejar de tu mente la idea de que un hecho sea consecuencia del otro. Tú eres una persona inteligente —continué diciendo para tranquilizarle— y sabes de sobra que el azar juega un papel importante en nuestras vidas. No me extrañaría que me dijeras que la criada Natsumi, que te miraba ferozmente, se te presentó bajo los rasgos de la hermana de tu antiguo amor.

—En efecto —afirmó el escritor—; aunque sus rasgos eran orientales, bajo el leve maquillaje de polvos de arroz se adivinaba la faz distorsionada de aquella muchacha a la que te refieres.

—Es claro que la terapéutica que te aconsejé puede dar resultados, pero sus efectos beneficiosos han quedado paliados esta vez por el lamentable suceso que me has relatado hace unos momentos. Puesto que no tienes intención de publicar esta narración, y bien lo lamento yo, que soy tu editor —dije—, vuelve a modificarlo de tal modo que no haya nadie desgraciado. Escribe un final feliz. De ese modo no podrás imaginar que nadie aparezca ante ti para atormentarte, y probablemente, si consigues un relato cuya trama resulte convincente, lograrás tú mismo deshacerte de esos sentimientos de culpabilidad, que es lo que realmente te tortura.

—¿Un final feliz? —preguntó mi amigo el escritor—. Eso destruiría la esencia del cuento.

—Si deseas que desaparezca esa obsesión debes aplicarte y conseguir —dije— un relato que, aunque difiera en parte del original, tenga la fuerza que te atribulan.

* * *

Al cabo de unos días recibí por correo el manuscrito de mi amigo, junto con unas letras en las que me comunicaba que, con la nueva redacción y el insospechado giro que había dado el argumento, esperaba haberse librado definitivamente de las funestas pesadillas, si es que lo eran, que últimamente le habían atormentado.

Reprimí mi curiosidad hasta después de la cena, y, una vez que me hube sentado confortablemente junto al fuego, con una copa de cognac al alcance de la mano, me dispuse a leer la nueva versión del cuento.

«Convine con Noriko los detalles de nuestra fuga y pusimos al corriente de la situación a la fiel Natsumi, que había de ser una valiosa colaboradora para la realización de nuestros planes.

Al llegar el día señalado para la huida, Noriko estaba especialmente alegre. Sirvió la cena a su señor y, después, tomando su abanico, bailó para él una pudorosa danza a los sones del koto, pulsado por Natsumi.

A continuación cantó con voz gutural varias melodías tradicionales, mientras no cesaba de incitarle a beber sake, llenando continuamente su copa; hasta que, embriagado por el alcohol, el señor se sumió en un profundo sueño antes de que pudiera reclamar de Noriko los favores que, en puridad, ella no habría podido negarse a concederle.

Una vez que la joven se cercioró de que su esposo dormía profundamente, corrió a su aposento y se dispuso para la inminente fuga, ayudada por su sirvienta. Pero fue pasando el tiempo y el extranjero no hacía su aparición.

Inquieta por la ausencia de su amado, Noriko contemplaba la incesante caída de la nieve, que iba cubriendo los campos con un aplomado manto de silencio. Una terrible sospecha fue tomando forma en su corazón, y cuando la inquietud creció como un fantástico dragón que pretendiera despedazar sus entrañas, envió a Natsumi a la casa donde se hospedaba el extranjero para obtener noticias de su amado.

La criada regresó al poco tiempo y, abriendo la leve puerta corrediza, se postró ante su señora sin atreverse a comunicarle las fatales noticias. Finalmente, ante la insistencia de su ama, que se mantenía erguida y con la mirada fija en la blanda cortina de la nieve, Natsumi abrió sus labios para notificarle que, según una de las criadas que estaban al servicio del extranjero, éste había partido al amanecer, llevándose todas sus pertenencias, para un largo viaje del que no tenía intención de regresar. Como Natsumi hubiera demandado de sus camaradas en la servidumbre cuál era el destino final de aquel viaje, la fiel sirvienta recibió como respuesta una extraña palabra: Europa.

El rostro de Noriko se contrajo y su faz adoptó por un momento los rasgos de una terrible máscara teatral. Se irguió colérica y, tomando una fusta, azotó la espalda de la fiel Natsumi, que permaneció inmóvil. Seguidamente, Noriko prorrumpió en lágrimas y pidió perdón a su doncella.

Una vez que se hubo asegurado de que las noticias eran lamentablemente ciertas, tomó una decisión desesperada, pero que convenía a la solemnidad de aquellos momentos y al honor de quien, al fin y al cabo, era la esposa de un acaudalado caballero.

Rogó a Natsumi que le ayudara a ataviarse adecuadamente para la irrepetible ocasión y, una vez que hubo terminado de engalanarse tan solemnemente como lo hiciera el día de su boda, salió en dirección al templo, rogando a su sirvienta que permaneciera en la casa.

Precisamente en el momento en que Noriko se deslizaba silenciosa entre la nieve, camino del recinto sagrado, un jinete descendía de su caballo a cierta distancia y, después de trabar las patas del animal, se dirigió cautelosamente hacia la casa, se asomó a una de las ventanas traseras e hizo señas a Natsumi para que le franqueara la entrada.

El hombre era también extranjero y amigo íntimo del amante de Noriko. Su larga barba y los espejuelos que portaba delante de sus ojos asustaron unos momentos a la muchacha, pero el hombre le dijo, expresándose con dificultad en un idioma que no era el suyo, que el enamorado de Noriko se había visto forzado a abandona el pueblo con urgencia, pero, fiel a su promesa, le había enviado a él desde la ciudad próxima a recoger a la muchacha. Por desgracia, la gran cantidad de nieve caída había borrado los senderos y el enviado había permanecido varias horas en el bosque tratando de hallar el camino hacia la aldea.

Natsumi y el honorable caballero emprendieron veloces el camino del templo, pero apenas habían abandonado la mansión una de las concubinas, despertada por el rumor de la conversación, alertó al señor de la casa, deseosa de obtener su favor y, sin comprender que la huida era beneficiosa para ella, le narró lo que acababa de escuchar.

El señor escuchó atónito el relato; en lugar de agradecer la advertencia, como la concubina había supuesto, la despreció, arrojándola contra el entarimado. Acto seguido se vistió precipitadamente, mientras su terrible ira disipaba los vapores del alcohol, y tomando una afilada espada que había pertenecido a sus antepasados se encaminó hacia el templo.

En aquel mismo lugar, Natsumi y el extranjero encontraron a Noriko, que ofrendaba una vara de incienso a los dioses antes de proceder a su inmolación. Con la voz entrecortada por la emoción, la fiel sirvienta narró a Noriko la verdad de los hechos, mientras el amigo de su amado corroboraba con gestos afirmativos el relato.

Al oír aquellas palabras el color volvió a las mejillas de la joven y su corazón se alegró inmensamente. Decidida a desafiar la cólera de los dioses rompiendo la promesa que tan solemnemente había hecho, y ante una indicación del extranjero de larga barba y espejuelos delante de los ojos, ama y criada montaron en el caballo de éste y partieron en dirección a la ciudad, donde esperaba el amante de Noriko, no sin antes comunicarte haber agradecido al caballero el gran favor prestado. Ante la inquietud de la joven por su seguridad, el caballero le dijo que regresaría al pueblo, donde nadie podría relacionarle con la fuga de las dos mujeres, y a la mañana siguiente conseguiría otro caballo con el que les daría alcance.

Noriko y Natsumi se perdieron ocultas por el manto de la nieve en dirección a su destino, y el generoso extranjero permaneció unos momentos en el templo contemplando el fantástico espectáculo del ampo sobre los tejados. A continuación se encaminó hacia la salida.

De pronto, surgiendo del blanco cortinaje, apareció en la puerta la feroz figura de un guerrero a lomos de un caballo. El extranjero permaneció perplejo unos instantes, pensando que se trataba de un fantasma, pero el señor feudal, hincando las espuelas en los ijares del caballo, se abalanzó hacia él como un relámpago y, echando pie a tierra, se arrojó sobre el extranjero blandiendo la espada sobre su cabeza. Apoyó una rodilla sobre el pecho del generoso amigo y, cuando la cólera le permitió hablar, le preguntó por la dirección que Noriko y Natsumi habían tomado. El noble camarada, comprendiendo que su fin era inevitable, y no

queriendo delatar a las mujeres, hizo una indicación con la mano señalando la puerta opuesta a aquella por la que habían escapado, seguro de que la nieve habría borrado ya cualquier tipo de huellas.

Inmediatamente después, levantando de nuevo la espada sobre su cabeza, el señor feudal asestó un terrible tajo en la garganta del extranjero, y los dioses, satisfechos porque habían obtenido finalmente la víctima que les era debida a causa de la promesa de Noriko, se mostraron generosos y permitieron que el desinteresado amigo muriera víctima de aquella primera herida.»

El editor cerró el manuscrito y reflexionó unos instantes acerca de la nueva orientación del argumento. Era innegable que, necesitando descargar sobre alguien sus sentimientos de culpabilidad, el escritor, al igual que los dioses de su cuento, exigía una víctima propiciatoria con la que enterrar sus remordimientos, por eso había ideado aquel personaje lleno de generosidad y nobleza y lo había condenado a muerte.

Incapaz de sustraerse a la tentación, y a pesar de que ya eran cerca de las tres de la madrugada, tomó el teléfono y marcó el número de su amigo el escritor.

—¿Pedro? —preguntó al obtener respuesta—. ¿Estabas dormido?

—No importa —repuso el escritor—. ¿Qué ocurre?

—Siento lo intempestivo de la hora, pero acabo de leer la nueva versión de tu relato.

—¿Te gusta? —preguntó Pedro, bostezando.

El editor repasó con una mano las hojas del manuscrito y se detuvo en determinada página, al tiempo que decía:

—Espero que lo que has hecho te haya servido de ayuda.

Hubo unos momentos de silencio, como si el escritor no hubiera comprendido o no quisiera comprender, y al cabo respondió:

—Si es a esto a lo que te refieres, ahora duermo perfectamente y sin vistas extrañas.

—Me alegro —contestó el editor, que empezaba a tener la impresión de que su llamada no había sido oportuna.

De pronto, una risita contenida de mujer le llegó a través del auricular, confirmando sus sospechas.

—No es Noriko —dijo el escritor, riendo a su vez.

—Te agradezco de todas formas que me hayas retratado tan generoso y desinteresado —repuso el editor.

—En efecto —manifestó Pedro—, me he inspirado en ti para el personaje del amigo. Espero que no te moleste.

—No me importa cargar con tus sentimientos de culpa, en vista de que me has tratado tan bien en tu relato.

—No tan bien —respondió en escritor—. No olvides que el amigo del extranjero no se sacrifica voluntariamente. Se trata sencillamente de un hombre práctico, como tú —continuó, al parecer, divertido—. Solamente al advertir que no tiene escapatoria posible es cuando se decide a guardar el secreto de la dirección que ha tomado Noriko.

—Podía haber delatado a las fugitivas a cambio de que mi vida fuera preservada —manifestó el editor.

—Lo siento, amigo —concluyó Pedro—. No tenía más remedio que dejarte morir bajo la nieve. Reconozco que te he utilizado como víctima propiciatoria, pero gracias a tus consejos no he vuelto a recibir visitas indeseables.

Cuando el editor colgó el teléfono sus sentimientos eran contradictorios. Por una parte, estaba satisfecho de haber podido ayudar a su amigo con aquella terapéutica de su invención, pero, por otro lado, le fastidiaba el papel que Pedro le había asignado en la obra. No era agradable aquello de servir de chivo expiatorio al que el curandero transmite las enfermedades del paciente.

Apagó la lámpara con intención de abandonar la habitación y sólo entonces se dio cuenta de que había comenzado a nevar. Se asomó a la ventana y contempló unos instantes el fantasmal aspecto que los copos otorgaban al familiar paisaje. De pronto oyó un sonido rítmico y blando que procedía del exterior. Se asomó todavía más y pudo advertir que un caballo cruzaba la calle: un caballo montado por dos embozadas figuras de mujer.

Al cabo de unos instantes la aparición se esfumó y la nieve fue borrando las huellas de los cascos del animal, lo que produjo en el ánimo del editor una extraña inquietud.

De súbito las puertas del estudio se abrieron de par en par con un horroroso estrépito. Un viento huracanado invadió la habitación y ante los asombrados ojos del editor apareció una terrible figura a lomas de un caballo. Sus rasgados ojos centellaban airados, su boca estaba contraída en una mueca brutal y sobre su cabeza levantaba una afiladísima espada, herencia probablemente de uno de sus antepasados. La infernal aparición desmontó del corcel, que se arremolinaba inquieto lanzando relinchos atronadores, y fue aproximándose con la espada en alto.

El editor permaneció petrificado ante la espantosa y fantasmal figura del señor feudal, y al cabo de un instante se notó sujeto por una garra de fuego que le impedía respirar.

Cuando la monstruosa mueca estuvo a pocos centímetros de su cara se sintió morir, y cuando la espantable aparición levantó de nuevo la espada sobre su cabeza pensó que su fin era inminente.

De súbito, la horripilante boca de aquel ser de pesadilla se abrió y el editor escuchó una voz sobrenatural que pronunció en un interrogante alarido:

—¡¡NO-RI-KO!!

El editor, a punto de desvanecerse por el espanto, miró hacia la afiladísima espada que parecía a punto de abatirse sobre su garganta, y haciendo un supremo esfuerzo tomó un lapicero que había al alcance de su

mano izquierda y garrapateó temblorosamente sobre una hoja de papel: «En casa de su amante», y debajo anotó la dirección del escritor.